

Benjamín Vicuña Mackenna.

LA PROVINCIA DE CONCEPCION EN LOS COMIENZOS DE LA GUE- RRA A MUERTE.

NUEVOS RETRATOS DE GUERRILLEROS

LA provincia entera de Concepción, que entonces se extendía desde los límites de Talca a los de Valdivia, estaba, pues, en armas, y su suelo se agitaba al paso de centenares de guerrillas que parecían brotar de sus entrañas. Cada uno de aquellos pueblos fronterizos, de origen exclusivamente militar, había echado al campo, ya en defensa de la patria, ya en la del rey, sus mejores soldados, aquellos hijos de los cabos y caudillejos de la frontera araucana que habían criado seis generaciones con las nodrizas que su brazo hacía cautivas en sus entradas a la tierra. Los partidarios de la causa real eran por consiguiente mucho más numerosos. Creían aquellos hombres, tan valerosos como rudos, que esa contienda contra España era una especie de prolongación de la guerra que los bárbaros habían hecho por tantos años a las banderas que aun los cobijaban. Por otra parte, un transtorno que había sido inaugurado en las casas solariegas de la poltrona Santiago no podía ser de gusto de los hijos de Penco, que ni entonces ni ahora ceden de buen grado su predominio en los destinos de la patria.

Cada aldea tenía, pues, un soldado, cada comarca un jinete, cada fortaleza limítrofe un héroe. El belicoso Yumbel había armado a los dos hermanos Seguel (Juan de Dios y Dionisio), cuyo apellido recuerda el de antiguos conquistadores. Nacimiento, cuna de leones, se hallaba representado por Ventura y Eusebio Ruiz; y ya hemos visto que otro Ruiz (don Juan), campeaba por el rey, seguido de sus cuatro hijos.



Benjamín Vicuña Mackenna. Daguerreotipo tomado con algunos días de anterioridad a la famosa jornada revolucionaria del 20 de Abril de 1851.

Esto tenía lugar a lo largo del Biobío.

En el Itata se presentaba José María Zapata, que vestido todavía con sus botas de capataz de arrieros de la hacienda de lo Urrejola (Cucha-cucha), intimaba incendiar la ciudad que nunca había pisado sino con respeto, arriando sus recuas por delante de su mula. Más allá, en el Ñuble, aparecían los cuatro Pincheiras, afilando los terribles machetes que sólo depusieron en las lagunas de Palanquín (1832), después de quince años de alves matanzas; y mientras más lejos todavía dos hacendados del Perquilauquén (don Miguel Soto y don Leandro Farada), se hacían jefes de partida para defender sus pueblos y sus heredades contra los enjambres de guerrilleros que bajaban al llano por el paso de Alico, desde los valles de los Pehuenches, otros dos hacendados del valle del Diguillín, vecino de Chillán, don Pablo San Martín y don Camilo Lermenda se internaban en la Montaña para hacer cruda e implacable guerra a las guarniciones de los pueblos y a los capitanejos que éstos enviaban en su persecución.

Todas las poblaciones diseminadas entre el Maule y el Biobío se habían entre tanto fortificado a la ligera, cavando zanjas en sus calles y levantando reductos en los ángulos de sus plazas de armas, pues en su mayor número carecían de cañones, de fusiles y aún de armas de filo. Aquellas llamadas fortalezas del Biobío, porque en siglos atrás se habían levantado en su derredor algunos parapetos de tierra o simples palizadas, se encontraban de tal manera indefensas, que la de Santa Juana había sido tomada en Agosto de 1817 por tres hombres armados de dos fusiles y una pistola. Por esta misma época (Agosto 23 de 1817), urgido el gobernador de los Angeles don Francisco Riquelme por el comandante general de fronteras don Andrés Alcázar, a fin de que le enviara algún auxilio, remitióle aquél dos fusiles y cinco paquetes de cartuchos dejando para sostener la plaza cuatro fusiles y dos paquetes de repuesto. . .

No era mejor la situación de las aldeas puramente agrícolas de los valles centrales. Más dentro de Chillán, y como en el cuartel general de los llanos, se había encerrado aquel capitán Victoriano, que rehusó rendirse en San Carlos en 1813, hasta que prendieron fuego a la casa donde se había encerrado haciendo una heroica resistencia. Había premiado el gobierno aquella hazaña; y a la verdad que su elección para teniente gobernador de aquel distrito tenía buenos títulos de acierto. Victoriano era un hombre verdaderamente terrible. No sabía oír, no sabía perdonar, pero tampoco sabía volver la espalda a ningún riesgo. Había nacido en Concepción, y aunque hijo de una

familia peninsular y aristócrata, pues su padre, don Antonio Victoriano, natural de Vizcaya, vino de tesorero real de esa ciudad, aficionóse desde temprano a la causa de la patria, como todos los jóvenes que en el sur habían alcanzado alguna ilustración. Compañero de infancia o aula de los Prieto, los Cruz, los Bulnes, los Rivera, los Benavente y en especial del inclíto Freire, tenía sobre ellos la ventaja de haber hecho un viaje a España, donde, como sucedió siempre con los criollos, sino adelantó su espíritu, encendióse más vivo su odio a la metrópoli. Aseméjase en sus prendas de soldado y en su bizarra figura, al último de aquellos héroes, y sobrepujábale tal vez en su desarrollo intelectual, como lo acreditan sus despachos siempre escritos de su mano. Mas, aunque les ligó en todo tiempo la más íntima amistad, no puede decirse que uno y otro tuvieron igual ánimo; y de la mayor nobleza del de Freire vino, a no dudarlo, que él subiera a los más altos puestos de la patria y quedara el otro oscurecido, pobre, vegetando en una aldea, porque tal es la ley inalterable de la justicia humana que deprime lo que lleva el sello del odio y la venganza, como ensalza lo magnánimo y lo grande.

El nombre sólo del gobernador de Chillán era, pues, el terror de las gavillas, porque no se contaba que prisionero alguno que hubiese sido traído a su presencia volviese a ver a sus camaradas.

Sus lugar-tenientes no eran menos implacables ni menos esforzados. Distinguíanse entre ellos el capitán Pedro José Riquelme, soldado de San Carlos, deudo del general O'Higgins y que sus soldados llamaban por apodo el Negro; el capitán Pedro Alarcón, el mismo que mandaba un escuadrón en Longomilla, nacido de una familia que como la de los Ruiz de Nacimiento, no producía sino soldados. Su hermano Jervasio, que aun vive opulento y valetudinario en Chillán, era una de las mejores lanzas de Benavides y ambos tenían una hermana (doña Tránsito) que se recuerda todavía en el sur, como los primitivos pobladores de Santiago recordaban a doña Inés de Suárez y los soldados de la Imperial a Inés de Figueroa. Otro de los montoneros que tenía bajo su mano el gobernador de Chillán era don Juan José Gutiérrez del Palacio, encargado como los anteriores, de recorrer esa famosa comarca de Chillán llamada la Montaña que comienza en la cabecera de sus valles y se empina hasta los picos más altos de los Andes. En el centro de esos portentosos desfileros cubiertos de bosques seculares y en los sitios mismos en que la tradición marca la huella de proezas inauditas, levántase ahora, ameno y risueño, el caserío de los Baños de Chillán.

En las otras poblaciones de la llanura y de los ríos sucedía otro tanto. En Cauquenes había armado una guerrilla para defender ese distrito el valiente coronel patriota don Antonio Merino. En Quirihue se hacía fuerte el teniente gobernador de Itata, don Manuel González, al mando de cuarenta cazadores a caballo, y a ambos prestaba un valeroso auxilio el alférez Manuel Jordán, gallardo mozo, muerto durante aquella guerra en la flor de sus días y en el que las armas chilenas perdieron al general que habría sucedido a Freire y a José María Benavente en la nombradía como en las hazañas del jinete y del bravo.

Armados todas aquellas partidas, que rara vez pasaban de un centenar de hombres por cada parte, comenzaron a salir las unas contra las otras y con tal brío y rapidez que durante los seis primeros meses de la guerra (de Marzo a Septiembre de 1819), todo el sur de Chile no parecía sino un vasto palenque de matanzas. La guerra era a cuchillo, era a muerte. No se había declarado por decreto como en Colombia, pero el sable y el banco eran los ejecutores inexorables del odio profundo con que se encontraban los combatientes.

El 6 de Marzo, en efecto, el Negro Riquelme dió alcance a orillas del Diguillín a uno de los tenientes de Antonio Pincheira llamado Vásquez, y le mató treinta hombres, fusilando a los prisioneros. Días después (Abril 26), se presenta José María Zapata en las goteras de Chillán, penetra por su calles con la bandera del rey desplegada al frente, y no pudiendo arrojar de sus trincheras al bravo Victoriano, saquea la iglesia y pone fuego al convento de San Ildefonso de la Propaganda. Victoriano no hizo prisioneros, porque no era esa su costumbre, pero quedaron diez y ocho cadáveres tendidos en las calles.

Otros encuentros no menos terribles tenían lugar hacia la confluencia del Ñuble y del Itata en el delta, en cuyo centio existe hoy Chillán el nuevo. El 5 de Mayo el gobernador de Itata, González, encuentra en el paraje llamado el Durazno al guerrillero realista Manuel Fuentes con cien secuaces de fusil y lanza y lo destroza, matándole once soldados.

Un mes más tarde (8 de Junio), el coronel Merino repite este mismo castigo en las Posillas, derrotando al mismo Fuentes que había bajado de la Montaña en doble número del que había traído al primer encuentro. El héroe de esta jornada fué el imberbe Jordán. A la cabeza de su compañía de cazadores arrolló a los montoneros hasta los desfiladeros de Cato, que abren paso a las gargantas de la Montaña sobre el valle de Chillán, y en la persecución mató treinta de aquellos forajidos. Era tan grande y tan frecuente el número de estos sangrientos ataques que el

general Freire en un solo parte oficial, datado en Concepción el 17 de Julio, recuerda que el Negro Riquelme había muerto siete guerrilleros en la vecindad de Chillán (Junio 28); que el capitán paraguayo Prieto, había ultimado en el camino de Tupapel a Santa Bárbara a diez y siete y, por último, que González había logrado quitar la vida el 11 de Julio, al tenaz bandolero Fuentes y tres de sus camaradas. Por estos mismos días (Julio 22), Manuel Jordán había dispersado en la hacienda de Cucha a otro secuaz de la última parcialidad, llamado Fernández, pasando diez de los suyos a cuchillo. El pomposo guerrillero Gutiérrez del Palacio había atacado también en Cholván (nombre que lleva el Itata en sus orígenes), al salteador Hernández, sorprendiéndolo en su propia casa, en cuyo recinto mató diez partidarios y fusiló a cuatro que cogió con vida. La ortografía de este capitanejo no era, empero, tan buena como su sable. En su parte habla de la ausión, el sabre, la manguardía y cuando el enemigo volvió cara, dice que tiró aullir.

El mismo Victoriano había tomado el campo en persona, y a mediados de Agosto, en lo más crudo de la estación de las nieves, había penetrado en la Montaña, talando y matando cuanto encontraba. El día 13 de Agosto pasó a cuchillo o murieron a bala veinte y siete realistas, y entre éstos al famoso Chueco Jaque, y cuando volvió a su pueblo, dice en su parte, no sin cierta aparente extrañeza, que traía consigo diez y seis montoneros vivos y algunas mujeres que había capturado en sitios donde había más de una cuarta de nieve.

Casi al mismo tiempo que Victoriano hacía estos estragos en el camino de la Montaña, el valiente hacendado, don Miguel Soto fusilaba otros siete guerrilleros en las cejas de Cato, y otros seis poco más tarde en la hacienda de Cucha, escapándosele, sin embargo, de las manos el desalmado Martín Sepúlveda que mandaba la partida, al paso que otros dos capitanejos patriotas (el teniente, don José María Urrutia y Fermín Terrada, un bravo montonero), castigaban el asesinato de tres hermanos, hacendados del Parral, (don Casimiro, don Santos y don Gervasio Castillo), matando siete de los forajidos cerca del mismo sitio de su crimen. En este encuentro fué herido el capitán de partida, Leandro Parada, que ya hemos nombrado entre los más valientes.

Esta inmolación incesante, estos degüellos de todos los días, no eran parte, sin embargo, a exterminar sino a medias aquellos enjambres de hombres fanatizados o malhechores que habían convertido en una especie de vasto osario todos los campos del sur. «Bandidos van quedando ya pocos», decía el general Freire

al director O'Higgins, el 22 de Agosto, como respirando al fin en medio de aquella carnicería salvaje que repugnaba a su noble corazón, y luego añadía estas palabras que hielan la sangre en las venas y que pintan con una sola cifra el horror de aquella guerra,— «porque ya se han fusilado más de trescientos»!

Tal era la guerra a muerte, en su conjunto!

En los tristes anales de aquella contienda en la que los que morían y mataban eran siempre chilenos, encontramos, sin embargo, episodios todavía más horribles que la alumbran con nueva y siniestra claridad. Vamos a citar algunos.

El 16 de Julio, los dos hermanos Seguel cayeron de sorpresa sobre la villa de Gualqui, a la vista casi de Concepción; mataron a los que quisieron, y entre otros al buen patriota don Juan Pinilla, saquearon la aldea y se llevaron prisioneros a los pocos que se les ocurrió perdonar. Entre éstos iba el cura de la parroquia, don Nicolás Novoa; el juez del distrito, don Joaquín Soto, y un vecino llamado Bartolomé Sanhueza. Metiéronlos en una balsa de las que se usan en el Biobío para atravesar las aguas y las arenas, empujándolas con varas apoyadas en el fondo del cauce; y como todos los prisioneros, excepto el cura, iban amarrados, los asaltadores al retirarse con su botín, habían confiado su custodia al juez de Fileu y a un fusilero. Los dos balseadores que empujaban la embarcación vigilaban también a los cautivos e iban armados de sables.

Cuando flotaba la balsa por la mitad del río, observó el soldado que iba demasiado cargada y que comenzaba a sumergirse. Sin más que esto, dijo al juez en alta voz, que era preciso echar los prisioneros al agua, y al efecto comenzó a cambiar la ceiba a su fusil para matarlos a mansalva, pues hemos dicho que iban fuertemente ligados. Por fortuna el prisionero Sanhueza había logrado desatarse, y oyendo aquella sentencia salvaje de su muerte y la de sus compañeros, se precipitó sobre el soldado y logró tirarlo al agua. Uno de los balseadores soltó la palanca y abalanzóse sobre el indefenso juez Soto, con el sable que llevaba a su cintura; mas éste resistióle como pudo, y en la lucha rompió sus ligaduras. Siguióse entonces un combate, cuerpo a cuerpo, en el que el esforzado cura cayó herido al agua, volviendo a recibir otro golpe en la cabeza al tratar de asirse de los maderos de la balsa. Sobrepusiéronse al fin los prisioneros, y al día siguiente se presentaron al intendente Freire en Concepción, llevando atados con sus mismas sogas a sus carceleros. Horas después el juez de Fileu y los dos balseadores eran fusilados y sus cabezas fijadas por tres días en altas picas en la plaza de Gualqui.

Otro caso. Voltejeaba en la espaciosa bahía de Arauco una embarcación pirata que servía a Benavides en su asilo de Tubul, por el mes de Mayo de 1819. Desconcertado el malvado que la manejaba como capitán por el desastre de Curalí, resolvió entregarse a las autoridades independientes de Talcahuano, y llegando a enfrentar la punta Rumena, que cierra la rada de Arauco por su extremidad austral, propuso a sus compañeros aquel partido.

«Más viendo que todos callaban la boca, dice él mismo en su parte del suceso, dí principio a ejecutar el pasar a cuchillo a los que iban a mi mando con motivo de no seguir mis ideas.»

De esta manera se hacía la guerra en el sur de Chile por tierra y en el mar por los seides del tigre de Quirihue.

Y, sin embargo, no era esto lo peor, porque acaso el más melancólico rasgo de aquella guerra y que más contribuía a aumentar su horror y su ferocidad, era la invocación divina con que se ejecutaban todas sus matanzas.

Es innegable que el alto clero de Santiago, como un miembro activo y poderoso de la aristocracia colonial, autora exclusiva en Chile de la revolución de la independencia en sus principios, desplegó desde el primer momento de la lucha un elevado espíritu de patriotismo. Mas no sucedió así en la clerecía de los campos, donde los párrocos, identificados con las pasiones y la ignorancia misma de sus fieles, se hicieron primero los apóstoles de la reacción y después sus soldados. No hubo en Chile ni Hídalgos ni Morelos, pero en cambio aparecieron no pocos Ferrebús y Valles.

De entre éstos, los primeros en lanzarse al campo de la acción fueron los frailes de San Ildefonso de Chillán, que, como es sabido, se disfrazaban de ánimas para asustar a los crédulos chilotes del ejército de Gainza en 1814, a fin de sostenerlos en su amor al rey y a la virgen. Ahora, no pudiendo ya usar aquellas supercherías en los pueblos, se habían asilado en los montes o corrido a alistarse en las banderas de Sánchez y Benavides. Otro tanto sucedía con los curas de campo. El párroco de Chillán, don Angel Gatica; el de Yumbel, don Luis José Brañas; el padre fray Pedro Curriel, cura de Cauquenes y el más célebre de todos, don Juan Antonio Ferrebú, cura de Rere; y conocido ya, como el sanguinario cura Valle, desde las campañas de la patria vieja por sus actos de ferocidad, formaban al derredor de Benavides una corte de crueles consejeros que santificaba todos sus crímenes. Ellos le servían de secretarios para redactar sus disparatadas y altisonantes intimaciones, de misioneros pa-

ra seducir a los indios, de emisarios atrevidos para llevar a los puntos más peligrosos y al Perú mismo sus órdenes y sus comunicaciones; ellos confesaban a los rendidos antes de degollarlos y daban la eucaristía a sus propios soldados y a sus caudillos en la víspera de los degüellos: en casos necesarios sabían también ponerse al frente de las líneas y arengarlas, presentándoles crucifijos y otras imágenes para pedirles que en nombre de la santa devoción de cada uno mataran sin piedad a cuantos cayeran en sus manos. Y esto sucedía cuando las monjas trinitarias de Concepción preferían a su tranquilo claustro las tolde-rías en que los bárbaros vivían con sus concubinas, y seguían a Sánchez por entre los zarzales de Nahuelbuta, mezcladas con una soldadesca brutal «regando con sus lágrimas cada uno de sus pasos», pero sin consentir por motivo alguno en volver a su templo profanado en su concepto por impíos.

Al horror de las matanzas que hemos bosquejado a la ligera, añadíase, pues, el horror del sacrilegio; y si se recuerda que el jefe de los patriotas, cuya benignidad de carácter era tradicional, reconocía haber hecho fusilar en cuatro meses no menos de trescientas víctimas, si se toma en cuenta que los realistas no perdonaban por su parte a nadie en campos ni ciudades, asesinando familias enteras, como la de los Castillo, o degollando en masa a los rendidos, como se ha visto en el lance del parlamentario Torres; si se contempla que por una parte los aliados de los realistas eran sacerdotes cristianos que predicaban el exterminio en nombre de la divinidad, y por la otra bárbaros infieles que lo llevaban a cabo invocando sus ritos sangrientos y haciendo holocaustos a sus ídolos; si no se olvida que las sembreras habían sido taladas o incendiadas en las mieses o en sus trojes, que no existían acopios de víveres en las ciudades ni en los fuertes y que los soldados chilenos no recibían paga y andaban vestidos «con tiras de alfombras» o desnudos, y, por último, si se fija la atención en que todo esto tenía lugar en el corazón del invierno, cuando los caminos del sur se hacen intransitables por la lluvias, innudándose las campiñas, preñándose los ríos y cubriéndose de nieve las montañas, se comprenderá en toda su desolación ese cuadro de hambre y de sangre, de fanatismo y de barbarie con que se iniciaba, en nuestro país de suyo benévolo y magnánimo, la guerra a muerte de las fronteras.

(De la Guerra a Muerte).